



SITIO

¡Qué grito tan desgarrador en aquella hora de su agonía!

¡Tengo sed!

¡Había derramado ya tanta sangre!

Los azotes...

La corona de espinas...

Los férreos clavos...

Apenas si quedaba sangre en sus venas.

La sed abrasaba su boca y devoraba sus entrañas.

¡Y acercaron a sus labios, ya lívidos, una esponja empapada en mirra y en vinagre!

Y nada era la sed material com-

parada con la sed que devoraba su corazón.

Sed de almas.

Por ellas había venido al mundo.

Por ellas había padecido los más atroces tormentos y las más grandes amarguras.

Por ellas agonizaba.

Por ellas iba a morir.

¡Ellas!

¡Las almas!

Todas las almas.

Todas eran objeto de su amor.

A todas iba a redimir al precio de su Sangre y de su muerte.

¿No tenía derecho al amor de todas?

Y del amor de todas tenía abrasadora sed.

Sed que le abrasaba más, porque veía que muchas no le amarian.

Y otras muchas hasta blasfemaban de El.

Y algunas hasta le aborrecerían.

No sólo las que habían pedido su muerte ante el pretorio.

Y luego, en salvaje algarabía de triunfo, le habían acompañado hasta el Calvario.

Y entonces, pendiente ya El de la Cruz, pasaban por delante de El apostrofándole.

Había otras muchas, ¡cómo las veía El! en el transcurso de los siglos, que no se rendirían ante las explosiones de su amor inefable.

¡Y deseaba con tanta fuerza que le amaran y se le rindieran!

¡Lo deseaba tanto!

¡Pero si había sido ya el deseo de toda su eternidad!

¿Para qué las había creado sino para esto?

Allá, en las inmensidades de su poder y de su amor se sintió Padre.

Y creó al hombre.

¿Para qué?

Para darse el placer de tener hijos que le amaran.

Y porque no quiso renunciar a este placer, perdonó al hombre cuando pecó.

Y decidió redimirle de su pecado.

Y volcar sobre él los torrentes de su gracia.

¿No había de tener sed de almas en aquella hora en que su obra de redención iba a ser consumada?

¿Y no había de abrasarle atrozmente aquella sed, viendo que muchas almas le negaban su corazón?

¡A El, que era Dios, y para más atraerse al hombre se había hecho hombre!

¡A El, que era inocentísimo, y para redimir al hombre había ocupado el lugar del hombre, haciéndose como reo de todos los pecados de los hombres!

¡A El, que podía acusar y escusaba, que podía castigar y perdonaba, que podía perder y quería salvar al hombre!

¡A El, que pudo evitarse el dolor y dejó que se cebara en todo su cuerpo!

¡Que pudo restañar sus heridas y dejó que todas sangraran hasta dar la última gota!

¡Que pudo salvar su vida y se entregó a la muerte!

¡Y todo por las almas!

¡Hasta por las que habían de aborrecerle!

¡Pobre Cristo, moribundo y sediento!

¡Desdichadas almas las que no se acercan a Cristo para aplacar su sed devoradora llevando a sus labios la copa de su corazón rendido y amante!

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 3 Abril 1925

Núm. 623

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 3.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

SAMARITANO

Aquí me tienes, Señor, misericordia clamando. Aquí tienes a quien da pena con sólo mirarlo, más llagado que no Job, más pobrecito que Lázaro, herido con mala lepra del asqueroso pecado.

Aquí me tienes, Señor, misericordia clamando. Yo no acudo ante las puertas del Epulón despiadado, que llamo a tu caridad, piadoso Samaritano.

Mira cuán triste el destrozo, cuán lamentable el estrago que en mí hicieron las pasiones que en cuadrilla me asaltaron camino de Jericó cuando andaba yo extraviado por aquellas malas sendas y tropiezos de mis pasos.

Que se muevan a piedad viéndome tan desgraciado esas manos generosas y ese corazón tan blando.

Ven, Jesús, ven a curar este enfermo desgraciado, que si Tú me visitares de seguro seré sano.

Me frotarás con la unción de tu confortante bálsamo, con aceite de tu gracia y con vino derramado con la sangre generosa que salió de tu costado.

Ven, Jesús, y no me dejes piadoso Samaritano, hasta que yo convalezca y me ponga bueno y sano.

CARLOS MOLINOS.



TRIBUNAL BARATO

—Macario, hijo mío, ya que estás aquí y no hay mucho quehacer, vamos a ver si podemos acabar con las tentaciones.

—Haga usted lo que quiera, señor; pero le participo que yo acabé ya el otro día, no quíó verme otra vez frente a frente con ese bicho.

—Nos falta una tentación todavía.

—Ya que usted lo dice, *pué* que le falte alguna tentación; pero a mí no me falta *denguna*.

—No, hombre, no, que no hemos tratado de la tercera tentación.

—Ni falta que *nus* hace; déla usted por tratada.

—No puede ser; hemos de terminar con las tentaciones.

—Lo que va usted a terminar será con mi paciencia, que no *puó* más. Estoy como un vaso que está llenico de agua, y una gotica más que echen, basta *pa* que se derrame toda; así estoy yo de harto.

—Siéntate.

—No me siento.

—Que te sientes.

—Ya me estaré *drecho*.

—He dicho que te sientes y basta.

—Ojalá me entrara un sueño bien

grande, mientras *usted* *pedrica*, si *siñor*; se m'ha *indigestao* ese cochino de diablo; pobrecica madre, qué desencasádica se quedaría cuando lo parió.

—El diablo no tuvo madre.

—Algún borde sería; a lo mejor se criaría en la Inclusa, u en el Hospicio.

—Ojalá; en la Inclusa y en el Hospicio se crían chicos y chicas muy buenos, dignos de toda consideración y respeto. Al diablo lo crió Dios, para que se vea que no siempre los padres tienen la culpa de la mala conducta de los hijos. El diablo se llenó de vanidad y soberbia, al verse tan grande y tan hermoso. Dios no pudo ver con gusto aquella soberbia y debió manifestar su pena y disgusto. Entonces el diablo no cedió; levantó bandera de rebelión y, al grito de "quién como yo", amotinó a la tercera parte de los ángeles contra el Hacedor de todas las cosas. En esta lucha necesariamente tenía que sucumbir y... cayó; aún no se ha levantado. Este es el diablo que tomó a Jesús y lo subió a un monte muy alto, desde donde se veían todos los reinos de la tierra. Y dijo a

Jesús: Todo esto te daré si, postrado, me adoras.

—¡Gandul! Pero ¿qué l'iba a dar él, si no *tié* nada? Si l'hi oído a *usté* que es el hombre más miserable del mundo. Que no *tié* nada; *pa* mí que se lo jugó todo, a las chapas, u a saber las granujerías que haría ese tío.

—Ten presente que el diablo no es ningún hombre.

—Me alegro; *semos* más *honraos* que todo eso. Pues ¿qué es?

—Un ángel.

—Otra; ¿*ahura* salimos con esas? Yo pensaba que los *angéles* todos eran personas decentes, bien *criaos*, y bien *lavaos*, to las mañanas.

—Ya te he dicho que llevados de su vanidad y soberbia, algunos quisieron ser más que Dios, y fueron condenados al infierno, como si dijéramos, al calabozo de la eternidad. Por lo demás, el diablo es pobre, no tiene más que lo que roba.

—Otra, ¿*tamién* ladrón?

—También ladrón. ¿No has visto tú muchas cosas, y aun muchos hombres, que son del diablo porque se los ha robado a nuestro Señor?

—Y ¿por qué se deja robar nuestro *Siñor* nada de ese bandido, criminal, que debía estar *ahurcao*?

—No, hijo mío; Dios no se deja robar nada de ese miserable; son los idiotas de los hombres los que se entregan voluntariamente al diablo, y como Dios respeta las cosas como las ha hecho, y ha hecho a los hombres libres, cuando un hombre vuelve la espalda a Dios y, traidor, se entrega al diablo, lo deja, y bien pronto sufre las consecuencias de su traición. Pero, de las cosas que no tienen libertad, Dios no se deja robar ninguna. ¿Has oído blasfemar a algún burro?

—No, *siñor*.

—¿Has oído blasfemar a algún pájaro?

—Tampoco.

—¿Has oído blasfemar a alguna rosa?

—Menos.

—Ya sé yo que esas criaturas no pueden blasfemar, porque no saben hablar; pero, si esas criaturas estuvieran en poder del diablo, de algún modo nos manifestarían que su ser estaba envenenado por el aliento de ese maldito. Pero nada; Dios cuida especialísimamente de ellas, pues como no tienen libertad, son consideradas como menores de edad, y el diablo no puede ni aun tocarlas. El hombre, como tiene libertad, ya es otra cosa. El diablo lo roba porque el hombre se le entrega, y lo hace suyo. Y por eso el hombre, que es el único que en este mundo tiene libertad, es también el único que blasfema. Y es que aquella lengua ya no es suya, es del diablo que la ha robado. ¿Cómo es posible que el hombre blasfemara, si el diablo no estuviera en él y fuera el amo tirano que le obliga a blasfemar de su Padre, con tanta grosería como sinrazón? Arrastrar el hombre su lengua por las letrinas de este mundo y después levantar al cielo sus ojos de sapo y escupir al manto real de su Dios, eso no tiene nombre; no, no, no tenemos derecho a ser tan idiotas. Ya puede estar satisfecho el diablo que, debido a la estupidez humana, puede jugar con el hombre como el gato con un ratón. El blasfemo es el ser más despreciable de la creación por lo malo que es, y aún más que por malo, por lo ton-

to. Sólo, siendo tan tonto como es, se concibe que alquile su lengua al diablo, para hacer esas porquerías, sabiendo que ese Dios, al que insulta de un modo tan grosero, es el que, con su poder, sostiene todo el peso del Universo, y no le costaría nada el reducirlo a polvo, en el mismo momento en que la blasfemia sale de sus labios hediondos. Por eso, hijo mío, ya que el hombre tiene el triste privilegio de ser el único que blasfema en este mundo, es también el único que se va a los infiernos, a purgar su inaudito atrevimiento por toda la eternidad. Hay que andar mucho para encontrar en el Universo otro ser tan degenerado que blasfeme como el hombre; hay que penetrar por las tenebrosas regiones del averno para encontrar al diablo, el único ser que hace dúo al hombre en esa música infernal de los seres condenados. El diablo, hijo mío, trabaja lo indecible por hacer a los hombres suyos, y para conseguirlo, les promete todo aquello que al hombre ha de halagar más. Ya puede prometer, no ha de cumplir nada; pues no tiene nada que sea suyo. El es pobre, pero es fanfarrón, y por eso promete a nuestro Señor que le dará todos los reinos de la tierra si, postrado, le adora. Sabe él que para conquistar a los hombres nada mejor que tentarles por la dominación, por el mando y por la avaricia. Ante una tentación tal, casi todos los hombres ceden y caen. Todas estas cosas no son nada, pero parecen mucho. Porque ¿qué es ser rey de un reino, de dos, de toda la tierra? Los reyes no mandan en el hombre; la parte principal del hombre, que es el espíritu, se les escapa y se ponen fuera de su influencia, por poderosos que sean. Los reyes sólo son reyes de los cuerpos de los hombres, como si dijéramos, de la bestia que acompaña al hombre. Y por eso, todo es hacer leyes para atar a los hombres, no sea que la bestia haga de las suyas y comprometa la paz social. Por eso, las naciones que no se apoyan en la parte principal del hombre, que es el espíritu, sino que se apoyan tan sólo en la bestia, dominada por las leyes, esas naciones, más que naciones, parecen presidios; allí, la autoridad, su principal deber está en que el ciudadano no se escape de la cárcel en que le ha encerrado el código que él mismo, a veces, se ha visto obligado a fabricarse. Mira, hijo mío, a las naciones, en medio de este emporio de grandeza y de civilización, ¿en qué descansa la paz y el bienestar de esas naciones? En las puntas de las bayonetas y en las bocas de los cañones. Lo dicho; esas naciones, más que naciones, parecen presidios. Y el rey no viene a ser más que el primer carcelero de la nación; cargo poco halagador por cierto. Por eso, nuestro Señor se puso triste cuando en el desierto le quisieron hacer rey. Y eso que aquel pueblo le amaba y le aclamaba como a su Salvador. Pero no; esto no podía halagar al Señor. Sabía el Señor que las gradas de un trono que se levanta están ensangrentadas, y Él no quería eso; no había venido a derramar la sangre de los hombres, sino a derramar la suya por todos. Había venido a ser Rey, sí; pero Rey de las almas, Rey del pensamiento, Rey del Corazón; ese reinado que es tan difícil de conseguir; pero, por lo mismo, tan digno de Dios, es decir: del Padre del Gé-

nero Humano. Por eso, los reyes que no son así, más que reyes parecen domadores de fieras. ¿Qué iba a hacer a Jesús la promesa del diablo, de que le daría todos los reinos del mundo? ¿Jesús que sabe tan bien lo que hay de verdad en esos reinados! Por eso le contestó que no, que no le adoraba, pues estaba escrito: *Sólo a Dios adorarás y únicamente a Él servirás*. Entonces el diablo, confundido, se retiró y los ángeles del cielo se acercaron a Jesús y le servían.

—Si yo hubiéa estao en lugar de nuestro Señor, ya sé lo que hubiéa hecho.

—¿Qué hubieras hecho tú?

—¿Qué? Le hubiéa seguido la broma al diablo, y le digo: siéntate aquí, en esta silla, y vamos a hablar un poco de eso, que me gusta, porque sí. Ser ray gusta a *tol* mundo.

Me meto por la cocina, como si fuera a *bebeme* un vaso *di* agua, y hago un cigarro; no, mejor un puro, y le pongo, en vez de tabaco, dinamita, alquitrán y *petrolio*. Y salgo y le digo: oiga *usté*, señor diablo, fúme ese puro, mientras hablamos del asunto y... a la primera chupada, estalla el puro y va el señor diablo *pol* aire hecho ceniza. ¿Qué le *paice*? ¿Se rie *usté*? Ahura diga *usté* que soy tonto, que... soy un adoquín, que...

—Que hemos terminado.

EL MAGO.

A LA LLAGA DEL COSTADO

Salve, Llaga del Costado del divino y buen Jesús, herido y alanceado en el árbol de la cruz.

Ventana que has sido abierta por el golpe de la cruz para asomarse a tu puerta el amor del buen Jesús.

Cofre de rubies y oro roto al golpe de la cruz, arca abierta del tesoro del amor de mi Jesús.

Reina flor de los vergeles, rosa abierta en una cruz, rodeada de claveles en el pecho de Jesús.

Regalada fuente pura que brotaste en una cruz para darme la dulzura del Corazón de Jesús.

Beba en Ti mi fantasía, dulce pecho de Jesús, y serán mi poesía tus amores y tu cruz.

Tú serás en mi camino alimento, fuerza y luz, ¡oh, Pelicano divino, casto pecho de Jesús!

CARLOS MOLINOS.



El amor más grande no puede hacer más que darse todo entero. ¿Puede amarnos más el Dios que se nos da todo entero cuando le comulgamos?

¿Quisieras más! Aprende a contentarte con menos. La tierra es tierra de privación y de sacrificio.

La plenitud de las cosas en el cielo está.

Porque allá está el Dios visto, y el Dios poseído, y el Dios disfrutado eternamente, y en Dios vistas, y poseídas, y disfrutadas todas las otras cosas.

Para sentir a Dios con abundancia hay que despojarse de lo que no es Dios.

Labor penosa, en que la mano tiembla y el corazón se estremece.

Labor necesaria, sin embargo.

¿No la hacemos nosotros?

Pues Dios la hará.

Sólo que es entonces más penosa porque es más sangrante.

Dios, cuando quiere elevar a un alma, la trata sin miramientos.

La lleva al Calvario y la clava en la cruz.

Dios toca una flor y la llena de perfume.

Dios toca el panal de miel y lo llena de dulzura.

Dios toca a un alma y la llena de vida.

¿Cómo y cuándo la toca?

Cuando le comulga a Él y en ella descansa.

¿Fe?

No es sólo fe lo que nos pide Dios.

Amor es también lo que nos pide.

Y aún más que fe, amor.

Hasta los demonios creen.

Sólo los santos aman.

¿Dejarse comer del hombre!

Cosa extraña en verdad.

Pero sólo extraña cuando se ha olvidado esto, que Dios nos ama.

Y nos ama con infinito amor.

¿Si nos amara menos!

No hubiera muerto por nosotros. Menos aún hubiera instituido la Eucaristía.

M. DE SANTA CATALINA.

LA DURA VERDAD

¿Te parecía un sueño!...

Y allí, cerca del nicho que guarda de tu padre las cenizas, como al preso la celda de un presidio, esperando que suene la trompeta del ángel convocándonos al juicio, la desnuda verdad, el seco golpe sentiste de la muerte, todo el frío que es el alma sin alma de un cadáver en polvo y en cenizas convertido.

¿Te parecía un sueño!...

y era un hecho real allí, en el nicho! Tan hecho y tan real! tras de aquel muro, frágil barro mitad, mitad ladrillo, que el golpe de mi mano en escombros bastaba a reducirlo, la muerte descansaba.

¿Ni una voz! ¿Ni un suspiro!

¿Nada que fuera de tu padre el eco!

¿Nada que fuera de la vida indicio!

Sólo el vaho que arrojan de sus tumbas

los cuerpos consumidos,

y esa especie de olor inconfundible que transpiran los muertos de los nichos.

La misma soledad del Campo santo,

del viento que azotaba el frío mismo,

nuestro mismo silencio

tan sólo interrumpido

por plegarias y rezos que salían,

aunque llenos de fe, velados, tímidos,

por nuestros labios trémulos,

cual ayes de dolores oprimidos,

todo allí nos hablaba

de la dura verdad que encierra un nicho.

¿Oh, qué mañana aquella

de un día triste y además muy frío!

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



Cuento de Pasión y ejemplo

En un hermoso día de primavera; las suaves brisas, embalsamando el ambiente con los efluvios de las primeras flores, formaban contraste con los grandes vaivenes del océano, y la limpidez del firmamento con las brumas de los grandes ríos. Por todas partes la calma y al mismo tiempo el impetuoso impulso de la naturaleza. Pues bien; en este día y en la soledad de los bosques, donde únicamente parece anidar la estruendosa manifestación del rey de las selvas, he aquí que este mismo rey, el león, reúne en consejo a su séquito y les dice: "Es preciso que, aun a riesgo de recorrer el mundo todo, me respondais, en plazo breve, por qué ha muerto nuestro Dios y Creador". Y obedeciendo en el acto su mandato, todos sus fieles súbditos se disponen a obedecer y a complimentar lo que les ha sido encomendado. A los pocos días todos, como por una misma consigna, acuden al consejo convocado por su rey, hablando por turno riguroso. Yo, dijo el águila, me remonté a los montes más altos, visité los lugares más inaccesibles, penetré en donde el ojo del hombre no puede escurrir nada, y no pude conseguir, a pesar de mi vista, nada que pueda resolver, ni en principio siquiera, lo que me habéis encomendado. Yo creo, sin embargo, que nuestro Dios ha muerto víctima de la ingratitud de los hombres. Algo has dicho, contestó el rey, pero no me satisfaces tu respuesta. El leopardo, la hiena y demás fieras de los bosques dijeron que comprendían perfectamente que se comieran a sus semejantes y aun a los hombres, pero no comprendiendo cómo la criatura se pueda sublevar contra su Creador, tampoco comprendían su deicidio. Otros animales, más o menos salvajes, dijeron lo mismo. Ninguno de ellos sabían ni suponían por qué había muerto Jesús, nuestro Dios. Unos decían, como la zorra, el águila, el condor, las aves y los que viven en las aguas, que había muerto por la ingratitud de los hombres; otros, como las serpientes y monstruos de tierra, que había muerto porque quiso, y otros, en fin, dijeron porque así lo había decretado Dios desde toda la eternidad, como remedio de la primera prevaricación. Pero estas contestaciones, si bien se ajustaban, en principio, a la verdad, no descubrían, por completo, todo el tenebroso enigma de la muerte de Jesús. Por tanto, dijo: es preciso que vengan mis súbditos para ver de saber la verdad de esto. Juntos todos, les hizo la pregunta de ritual: ¿Por qué ha muerto nuestro Creador y Señor? Y mientras todos callaban, no acertando a dar una razón contundente, verdadera y realmente aseveradora, adelantándose una golondrina, dijo: Señor, ¿me permitis hablar, aunque soy tan poca cosa en esta magna asamblea? A lo que el rey le contestó: Habla y no temas. Si dices la verdad, serás premiada, si tú la sabes. Y entonces, la golondrina, irguiéndose con la majestad de una reina, pronunció grave y mesuradamente esta contestación: Nuestro

Dios y Señor ha muerto por el amor. En efecto, dijo el rey; ha muerto por un amor infinito al hombre, pagado por éste con una obstinación en el mal, con una ingratitud sin límites; yo no encuentro otra palabra más a propósito que ésta, la ingratitud del hombre en su último límite. Y lo que más odia Dios es la ingratitud; porque ésta señala la degradación moral mayor que puede imaginarse en humana criatura; es el parapeito de la soberbia humana, en el cual se encastilla, pero del que le saca la muerte para entregarle a las furias eternas. Después del consejo, y antes de separarse, el rey preguntó qué habían hecho para impedir la muerte de Nuestro Señor, o qué habían hecho después, si no pudieron impedirlo. Todos contestaron unánimemente que nada pudieron hacer antes ni después. Pero las golondrinas dijeron: Nosotras, antes no hicimos nada, pero sí después. ¿Qué hicisteis vosotras?, dijo el rey. Y todas, a una voz, dijeron:

Nosotras, las golondrinas,
Quitamos a Cristo las espinas.

Entonces, el rey, respetuoso y con gravedad, repuso: Puesto que vosotras habéis hecho más que nadie y os habéis portado como buenas, en adelante seréis respetadas por todos, y los hombres que sean hombres y buenos también os respetarán, y vuestros nidos y vuestras crías podréis dejarlas en las casas, porque nadie os molestará, y si alguno osare atropellaros, Dios hará que repercuta contra ellos su mala acción. Con esto se disolvió la reunión, convocándose todos los años, el mismo día, el día de Viernes Santo.

* * *

Un 25 de Marzo, el Arcángel San Gabriel anunció a la Virgen Santísima la concepción del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, no por obra de varón, sino por el Espíritu Santo. A los treinta y tres años, en una colina próxima a Jerusalén, en el monte Calvario, agoniza, pendiente de la cruz, el Hijo de Dios, el Juez de vivos y muertos. ¿Era también ese día de Viernes Santo, el 25 de Marzo? ¿Casualidad? ¿Coincidencia? No. Providencia de Dios. En este mismo día se celebra la fiesta de San Dimas, y el Doctor D. Francisco Apirago cuenta lo que se lee en las visiones de Catalina Emmerich, y es lo siguiente: "Cuando la Sagrada Familia tuvo que huir a Egipto, llegó de noche oscura a una cabaña iluminada. Era una cueva construida por los ladrones para robar a todos los viandantes que por allí pasasen. Por eso, al acercarse la Sagrada Familia, salió el capitán de la cuadrilla con algunos de sus facinerosos para reducirla a prisión; pero una aureola de luz que vieron alrededor de la cabeza de Jesús los llenó de espanto y les dio a comprender que aquellas eran personas sagradas. No les hicieron por esto daño alguno; antes bien, les introdujeron en la cabaña para que se calentasen en el fuego, y como la Santísima Virgen les pidiese una jofaina de agua para bañar a su divino Hijo, se la ofrecieron

gustosos. El capitán de la cuadrilla tenía un hijo leproso, y al saberlo María, aconsejó a la madre que lo sumergiese en el agua en que había bañado a Jesús, y habiéndolo hecho así, fué repentinamente curado de la lepra. Este niño curado fué precisamente aquel ladrón llamado Dimas, que, crucificado a la derecha de Jesús, recibió de El el perdón de sus pecados". Según el bien que hace el hombre, es premiado por Dios.

* * *

¿Cómo era la cruz de Cristo? Hay, o existían entonces, cuatro clases de cruces, a saber: *simple*, consistente en un solo palo vertical, en el cual se fijaban los condenados con clavos o con cuerdas, y *compuesta*; y ésta se subdivide en *decussatam*, que decían los latinos *commisa e immisa*; la primera tenía la figura de una X, como la de San Andrés Apóstol; la segunda tenía la figura de la letra mayúscula griega Thau, o la latina T; la tercera es la que comúnmente se representa así +

Ahora bien; unos autores dicen que fué la de Cristo *commisa* y otros *immisa*; pero unos y otros pueden conciliarse, pues si se pone en ambas la inscripción en la parte superior, o sea lo que el vulgo llama el Inri, tendremos que coinciden ambas opiniones. Los clavos, ni fueron menos de tres, ni más de cuatro; más probablemente fueron cuatro que no tres.

Noticias

El día 11 de Marzo se celebró, por primera vez y con toda solemnidad, la fiesta del árbol. Trasladados a la Ermita de Nuestra Señora de la Paz autoridades, profesores, niños y niñas, cantando en el camino el himno del árbol, el señor Cura párroco procedió a la bendición de los árboles, después de lo cual, un niño y una niña plantaron uno. A continuación, el susodicho señor Cura habló a los asistentes acerca del árbol, diciendo que es ventajosísimo para la salud y las lluvias; D. Emilio Casado, Maestro nacional, en elegantes párrafos y admirable facundia, disertó sobre la fiesta simpática y patriótica, y el señor Fernández-Guisasola, con la franqueza y habilidad literaria en él característica, hizo el resumen, sencillo, pero adecuado. Recitaron poesías admirablemente y de memoria los niños Antonio Aguado de Castro, Benigno Muñoz del Campo, José Luis Muñoz de la Sen, Felipe Gamarra Aguado y Fernando Soria Fernández. Este último invitó a todos a cantar el himno al árbol, como así se efectuó, terminando el señor maestro con una inspirada poesía-resumen. Todos escucharon del público selecto una estruendosa ovación, dándose varios *vivas*; todo se acabó con una merienda a niños y niñas, costeada por la Ilustre Corporación Municipal.

—El 19 de Marzo se trasladó, con la solemnidad acostumbrada, la imagen de nuestra patrona, desde la Parroquia a su Ermita.

—El 22 de Marzo comenzó el cumplimiento pascual.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.